

RETRATO EN EL CORAZON

a José María Blanc

Es ahora cuando siento y palpo todo lo que José María Blanc vive en mí. Por eso puedo decir que ha sido una parte en mi vida, y lo sigue siendo. Más que estar juntos en bastantes ocasiones, o acudir juntos a lugares y actos, o tener aficiones comunes, hemos sido algo juntos, y si digo nosotros coexistimos en ese plural, aunque no haya sido frecuente nuestro trato. Nos ha bastado el conocernos, querernos y estimarnos, desde la juventud poética a la dimensión jurídica, para que ese algo que hemos sido en nosotros desde el alguien de cada uno esté revestido de afecto y entrañado de ternura. Por eso puedo decir que he muerto no poco con él, y él sigue viviendo en mí.

Comenzó el aprecio estimando a sus padres. Don José María, con aire e interiores de gran caballero, apuesto y envuelto en su capa española. Le recuerdo con su madre también, en el Renault 8, que a ella tanto le gustaba, aquel que elogiaban en la propaganda como valor seguro. Me encantaron sus padres.

Se hizo intenso el aprecio, y ya muy personal y directo, cuando alrededor del filo de los años cincuenta, fuimos un grupo en Albacete que marcó las inquietudes literarias en la ciudad y los pueblos, en la prensa y en la

radio. Los mayores, Matías Gotor, Francisco del Campo y Pepe Serna; a renglón seguido Enrique Soriano, Jerónimo Toledano, el yerno de Valle-Inclán, y enseguida llegamos paso a paso y uno tras otro, José María Blanc, Tomás Preciado, Ramón Bello Bañón, José Sánchez de la Rosa, Paco Ballesteros, Luis Parreño, Ismael Belmonte, Cuenca, y sin duda olvido a algunos sin querer. Antonio Andújar, bondad inmensa en el corazón y en su poesía

Un paisaje interior riquísimo de matices que paseaba en sus eternos misterios del ser, de la vida, de la muerte, del amor, de la memoria y del olvido

nos acogía en las páginas del periódico *Albacete* o *La Voz de Albacete*, la familia Cuevas en su emisora *EAJ 44*; y la placeta de San Juan o el Altozano, y todos los escenarios de entonces o los queridos bajos del Gran Hotel, tan acogedores. Sin nostalgia, aunque sí con mucho amor, fijo en ese recuerdo a José María Blanc Garrido, viviendo en mi vida.

El era entre nosotros la palabra comedita, sin exaltaciones ni apasionamientos. También la palabra honda, sentida y cultivada en las mejores lecturas, desde una curiosidad inquisitiva por la "circunstancia" que Ortega nos enseñó formaba parte de nuestro yo.

Pero José María no tenía ningún afán de ser un protagonista del acontecer, quería, eso sí, vivirlo profundamente. Por eso yo le veía como un hombre con dos paisajes en su adoración por la circunstancia. Un paisaje interior riquísimo de matices que paseaba en sus eternos misterios del ser, de la vida, de la muerte, del amor, de la memoria y del olvido. Y todo el paisaje exterior que se adora con los ojos del cuerpo, en el día y en la noche, y en el andar de las estrellas. Ambos paisajes están en su poesía.

Del primero venía su hostilidad a la muerte en la que parece aniquilarse la existencia humana. Del segundo la sublimación de las cosas hasta hacerlas vida y belleza, porque en sus poemas como en el cuadro del artista plástico se animan y laten nuestros paisajes. En esos poemas el verso está como cincelado, como trabajo de orfebrería sobre el diamante del sentimiento poético. Son versos de llanura sin fin bajo un cielo infinito.

Cuando me cruzaba con Pilar, la esposa culta y sensitiva, le preguntaba: *¿Y José María?* Ella solía decirme: *Allí con sus cosas*. Le seguiré preguntando mientras nos crucemos, para que me diga otra vez: *Allí con sus cosas... y las cosas de Dios*.

Juan José García Carbonell ■